

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los Autores y de las Casas editoras)

Fernán Caballero, la novelista novelable, se llama el tomo 16 de la notable serie *Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX*.

Lo ha escrito: Angélica Palma, hija del famoso Ricardo Palma. Lo ha editado: Espasa-Calpe, Madrid, 1931.

La autora nos ha honrado con el envío directo de esta obra que vamos a leer con gusto.

Dos nuevos títulos de la Editorial CENIT, Madrid:

Henri Barbusse: *Rusia*. Traducción de Angel Pastor.

De la serie "Crítica social".

Vladimiro Bonch-Bruевич: *En los puestos de combate de la Revolución*. Traducción directa del ruso por A. Straesnerr.

De la serie "Crítica social". La primera semblanza viva de Lenin y de su obra.

Cortesía de los autores:

Sarah Bollo: *Los nocturnos del fuego*. "Palacio del Libro", Montevideo, 1931.

Con la autora: 18 de Julio 1375. Montevideo, Uruguay.

J. M. Velasco Ibarra: *Cuestiones Americanas*. Rodó. Vasconcelos. Bolívar. Un Centenario. Quito, 1931.

Aurelio Velázquez: *Atalayas del Sureste*. Poemas sociales. Mérida, Yucatán, 1931.

Fernando González Alberty: *Grito*. Poemario de vanguardia atalayista. San Juan de Puerto Rico.

Arturo Torres Rioseco: *Rubén Darío y la crítica*.

Reprint from *Hispania*. Vol XIV. Number 2.

Editado por la Secretaría de Relaciones de México y distribuido por la Extensión Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma, México, D. F., 1929, nos llega este folleto:

Fray Bernardino de Sahagún: *La Conquista*.

En la serie CUADERNOS POPULARES, Serie III. Nums. 1 y 2.

Con esta sugestiva Advertencia:

La relación que se publica, recibida de viva voz de los conquistados por un hombre piadoso y verídico, enseña que la tiranía de Mochtezuma que "hizo muchas muertes injustas, destruyó a muchos e hizo muchos agravios y engaños burlas", engendró el odio entre los pueblos indígenas dividiéndolos frente al Conquistador quien auxiliado principalmente por los indios de Zempoala y de Tlaxcala, pudo realizar una obra que no hubiera llevado a cabo atendido a sus propias fuerzas.

Enseña igualmente esta relación que los idólatras indígenas, al tener noticia de la llegada del Conquistador, "pensaron que era el Dios Quetzalcoatl que volvía, lo regalaron con piedras preciosas, bandejas de oro, adornándolo con todos los ornamentos y atavíos sacerdotales", y besaron las proas de las naos en señal de adoración, y los mensajeros, cuando oyeron los truenos de las bombardas, cayeron al suelo como muertos.

Resalta como un ejemplo el patriótico heroísmo de Cuauhtemotzín que por tierra y por agua defendió su patria, teniendo confianza en su raza.

Hagámonos fuertes levantando nuestra cultura y librándola de toda idolatría o fanatismo; no consintamos jamás en mantener tiranía alguna y conservemos siempre nuestra unión frente a cualquier conquistador, que íntegra nuestra nacionalidad podrá resistir y triunfar de invasores por poderosos que parezcan.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones posteriores.

los pies desnudos, fuertes y sarmentosos, los brazos muy largos.

¿Cómo llegó a las fincas de bananos de las vegas del Reventazón y del Parismina? La vida la trajo rodando desde el Guanacaste. Creo que en Santa Cruz, el juez que más tarde llegó a ser un honorable magistrado de la Corte de Justicia, le hizo un chiquillo cuando ella apenas entraba en la adolescencia. Por supuesto que después el estimable caballero ni se acordaba de la insignificante aventura. Ella dejó al hijo en la primera casa propicia y comenzó a rodar. Luego otro, ella ni recordaba bien el nombre, la dejó embarazada y siguió rodando, rodando... Nació una niña. Era como esos pedazos de palo que van en la corriente de los ríos. La vida la depositó con todo y chiquilla en una finca de bananos de la región del Atlántico. Y así siguió de finca en finca, hoy con uno, mañana con otro, si hasta con un chino dueño de un comisariato tuvo que ver la pobre, y la chiquilla siempre pegada de ella como un hongo de una rama desgajada.

En una ocasión se metió a vivir con un hondureño y se fue con él a una finca en donde sólo admitían hombres solos. Todos los peones del campamento eran nicaragüenses. La muchacha era la única mujer que allí había. Una noche se convinieron los nicaragüenses y asaltaron la casa del hondureño, para quitarle la mujer. Lo apuñalaron e hicieron lo que gana les dió con ella. No se sabe cómo no salieron de la chiquita que entonces tendría unos tres años. En la finca en donde la conocí de cocinera era fiel al hijo del dueño como un perro. El mozo era bello y amable y por él se habría dejado ella matar. Venía el muchacho cada mes a la hacienda a inspeccionar el estado de los cultivos y a la muchacha estas visitas la hacían tan dichosa como a una santa las de un ángel que bajara de los cielos. Por él aguantaba que el administrador de la finca en sus borracheras la pateara lo mismo que a su hija y a su perrillo; y por él, no permitía que se perdiera un cinco en el comisariato, ni que se extravíara un huevo, ni se llevaran un palo de leña. Entretanto en la ciudad, las ganancias de la finca servían para que el padre y el hijo fueran socios del Club Unión, para que la señora que tenía juanetes y callos no se bajara del automóvil y para que la hija se vistiera muy chic y fuera cada año a Europa y a los Estados Unidos y trajera unos vestidos y una ropa interior que dejaban envidia en el corazón de sus mejores amigas.

Varios años sirvió allí, pero cuando se puso muy mal del paludismo, nadie hizo nada por ella. Tuvo que coger a su hija y sus *chiquitas* y venirse para el Hospital de San Juan de Dios. Quién sabe cómo haría con la muchachita... por que no creo que en el caritativo establecimiento la admitieran con todo y criatura. Y el buen mozo hijo del dueño de la finca ni siquiera se acordó en la ciudad de la pobre sirvienta

Bananos y hombres

Pongo primero *bananos* que *hombres* porque en las fincas de banano, la fruta ocupa el primer lugar, o más bien el único. En realidad el *hombre* es una entidad que en esas regiones tiene un valor mínimo y no está en el segundo puesto, sino que va en la punta de la cola de los valores que allí se cuentan

Estefanía

= Envío de la autora =

En la playa interminable y desierta que va desde la Barra del Tortuguero a la del Colorado, encontramos la cruz de madera tosca, pintada de negro en alguna ocasión, ya desteñida casi toda. A lo largo de los brazos, un nombre, y talvez la primera letra del apellido dentro de poco completamente ilegible. Estefanía R... Quizá Rojas, quizá Ramírez o Ramos.

Muchas millas se habían recorrido sin encontrar nada que rompiera la monotonía del paisaje: mar y cielo a la derecha; la arena de la playa al frente y a la izquierda la vegetación de icacos, almendros y cocoteros. Caía la tarde dentro de aquella soledad inmensa. De pronto, la cruz negruzca enclavada en la arena, los brazos tendidos

frente a la inmensidad azul. El mar la había llevado hasta allí.

Estefanía R...

Cómo habría sido la mujer que llevó este nombre?

Y una fila de siluetas femeninas como las que uno encuentra por esas playas o en las fincas de banano, comenzó a desfilar por la imaginación: figuras pálidas, marchitas, tostadas por el sol, las fiebres y la sensualidad del hombre, amorales e inocentes como los animales. Hay una que se destaca sobre el friso doliente. ¿Se llamaría Estefanía? El nombre se ha borrado de la memoria. Un triángulo oscuro el rostro entre el alboroto del cabello negro; la esclerótica y los dientes muy blancos,